

Angela Lúcia Ferreira
George Dantas
(Organizadores)



Surge et Ambula

A construção de uma cidade moderna
Natal, 1890-1940

Com prólogo de
Horacio Capel

Angela Lúcia Ferreira e George Dantas
(organizadores)

SURGE ET AMBULA
A construção de uma cidade moderna
(Natal, 1890 - 1940)



Natal/RN, 2006

PRÓLOGO

CAMINOS DE MODERNIZACIÓN EN LA EUROPA ULTRAMARINA

Horacio Capel

Los trabajos reunidos en este libro constituyen en conjunto una valiosa aportación a la historia urbana y al estudio del proceso de modernización en la ciudad brasileña. Suponen también una presentación pública de un programa de investigación de gran interés, que está siendo llevado a cabo por arquitectos e historiadores integrados en el Grupo de Investigación sobre Historia de la Ciudad y del Urbanismo (HCURB), dirigido por la profesora Angela Lúcia de Araújo Ferreira.

Modernización tiene que ver, evidentemente, con modernidad y, sobre todo, con moderno, algo, a su vez, íntimamente ligado a la idea de progreso. 'Moderno' expresa la aceptación de que la sociedad puede mejorar y superarse, siempre respecto a otro estadio anterior que se considera de menor perfección. La aceptación de la idea de modernidad implica, así, la de la marcha ascendente y progresiva de la historia, y es típica del pensamiento europeo. Expresa siempre una relación entre el pasado y el presente, así como una idea del futuro. La disputa de los antiguos y modernos que se planteó en el siglo XVI – o entre lo antiguo y lo moderno, que ha estado presente en toda la historia europea de los últimos cinco siglos – supone siempre una cierta desvalorización de lo anterior, y el reconocimiento de que es posible mejorar; más aún, de que es bueno cambiar y mejorar, cosa que no todas las sociedades aceptan.

Considerarse modernos lleva a rechazar algo anterior, aunque sintiéndose de alguna manera herederos de ello. Es aceptar algo nuevo que hunde sus raíces en el pasado, porque si fuera totalmente distinto sería otra cosa; en cierta manera es lo mismo, pero mejorado. Es lo que pensaban los humanistas del siglo XVI, que se consideraban a sí mismos modernos: para ellos la imitación de lo antiguo era una condición de modernidad.

Los debates sobre la modernidad y la modernización

La idea de que hay Antigüedad y tiempos modernos, y entre ambos una edad oscura que había que rechazar es una invención de los humanistas, y constituye un avance importante de la historiografía, que se consolida durante el siglo XVII. Pero la disputa de los antiguos y modernos pronto

llevó a la idea de que éstos eran superiores no solo a los de los siglos bárbaros – al periodo de los godos (o gótico) –, sino también a los de la misma Antigüedad, es decir a griegos y romanos. El descubrimiento de América y la Revolución Científica tuvo mucho que ver con esa toma de conciencia de superioridad de los modernos.

Pero la valoración de la modernidad no siempre se hace teniendo en cuenta la evolución historiográfica que llevó a aceptar la existencia de tres edades (la antigua, la media y la moderna) sino que también se ha hecho a partir de la misma etimología de moderno (del latín *modernus*, derivado de modo 'hace un momento, ahora mismo'). Moderno ha sido siempre lo nuevo.

Para algunos autores las raíces de la modernidad se encuentran en el siglo XIX, y son bien patentes en Marx, en Baudelaire, en Pushkin y en todos los que percibían que vivían en un mundo en el que "todo lo sólido se desvanece en el aire". Como ha escrito Marshall Berman en un espléndido libro, tener la experiencia vital de ser modernos es "encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos". Una vorágine de la vida moderna que habría sido alimentada por fuentes muy diversas, desde los grandes avances en las ciencias físicas que se produjeron a fines del siglo XIX y que cambiaron las imágenes del universo y de nuestro lugar en él, a la industrialización, los cambios demográficos, los sistemas de comunicación de masas, los Estados cada vez más poderosos y más organizados, los movimientos sociales masivos y, "finalmente, conduciendo y manteniendo a todas estas personas e instituciones un mercado capitalista mundial siempre en expansión y drásticamente fluctuante".

No extraña que muchos autores estimen que la gran crisis que dio origen a la modernidad se produjo a principios del siglo XX, lo que se relaciona con la Segunda Revolución Industrial y con la reestructuración del sistema capitalista después de la coyuntura económica de los años 1870-90. Algunos identifican la modernidad sobre todo con los cambios experimentados por las artes a partir de la segunda mitad del XIX¹; así lo considera también la Real Academia Española, en cuyo *Diccionario* 'modernismo' es, en su acepción más general, la "afición excesiva a las cosas modernas con menosprecio de las antiguas, especialmente en artes y literatura". De manera más específica, Modernismo es el nombre que se da en España al Art Nouveau,

aunque en Portugal y Brasil esta expresión se aplica al movimiento de la arquitectura racionalista que se inicia en los años 1920 y 30.

Modernizar es, según el *Diccionario* citado, "dar forma o aspecto moderno a cosas antiguas" o anteriores; y modernización la acción de modernizar. Más allá de ello, la modernización tiene hoy una gran polisemia. Una consulta a algún buscador de internet nos lo muestra: más de 400.000 páginas en castellano parecen incluir esta palabra, y de ellas casi 300.000 se refieren a procesos de modernización; si buscamos 'procesos de modernización' asociados a 'historia contemporánea' aún aparecen unas 33.000 páginas web. Si la búsqueda se hace en inglés o francés, el resultado es todavía más apabullante, con varios millones de referencias.

La bibliografía dedicada al tema de la modernización es también muy numerosa. Solo en las bibliotecas de las universidades de Barcelona encontramos 327 libros en español que incluyen en su título la expresión 'modernización'. Se refieren a la modernización de países concretos, de la economía, de la agricultura, de la política, de las ciudades o de la sociedad en general.

En algunas obras realizadas por historiadores en las dos últimas décadas y dedicadas al papel de las ciudades en el proceso de modernización, se pone énfasis en cuestiones como las siguientes: el desarrollo económico, la consolidación industrial y el comienzo de los procesos de terciarización; el crecimiento de la población y la transición demográfica; la diversificación social; la aparición de una nueva sociedad de clases, unido a la movilización política a través de las elecciones y el asociacionismo obrero; la polarización de las fuerzas sociales y las amenazas revolucionarias; las pugnas por el control político del Estado y del municipio. También se destacan las mejoras en las comunicaciones terrestres y en las infraestructuras portuarias; la aparición de nuevas formas de vida social y los cambios de mentalidad. Y en lo que se refiere más específicamente a la organización de la ciudad, se alude a la expansión espacial, a los cambios que experimentó la estructura urbana y la morfología, a las transformaciones de la promoción inmobiliaria y de la construcción, a los proyectos de reforma interior de las ciudades o al desarrollo de una ideología municipalista². Pero según diferentes estudios, pueden considerarse también jalones en el proceso de modernización de un país la creación del servicio de correos, el tendido de la red telegráfica, la organización de la banca, la instalación del gas, los teléfonos, la electricidad, los tranvías, la mejora de la administración y otras muchas novedades

que se difunden durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin duda todos esos procesos se dan también en las ciudades brasileñas, y a varios de ellos se alude en este libro con referencia a su presencia en Natal, al igual que, de manera más general, están presentes en prácticamente todos los países iberoamericanos.

La cronología de la modernización estudiada por los historiadores es sorprendentemente diversa. Puede referirse a procesos de cambio social y económico que se produjeron en Rusia durante el siglo XVIII, a las transformaciones experimentadas durante el siglo XIX³ (por ejemplo, en Japón durante la época Meiji), y a periodos de desigual amplitud que se extienden desde el siglo XIX a los años 1930⁴. En numerosas ocasiones modernizaciones, para los historiadores, el cambio desde una fase preindustrial a la industrialización, aunque a veces también desde un sistema social poco avanzado, o tradicional, a otro superior o moderno. Algunos ponen el énfasis en las transformaciones entre las dos revoluciones que liquidaron finalmente el feudalismo: la revolución burguesa en el ámbito jurídico-político (como la Revolución Francesa o las Cortes de Cádiz en España, pero también las revoluciones emancipadoras de los países americanos a comienzos del siglo XIX) y la Revolución Industrial que afectó a la vida económica y, en particular, a la esfera de la producción. Lo cual llevaría a hablar de procesos que pueden tener una cronología variada: algunas regiones españolas y de los países europeos mediterráneos no habrían accedido verdaderamente a la modernización hasta la década de 1950-60, aunque, en general, sería la gran depresión de fines del siglo XIX (1876-1890) el momento crucial; fue entonces cuando en regiones como la de Murcia, en el sureste de España, “se cuestiona de forma acuciante la viabilidad de un modelo económico basado todavía en una agricultura de subsistencia que apenas había sido rozada por la revolución agrícola”⁵.

Pero existe todavía en las ciencias sociales, y en relación con las políticas de desarrollo, otra corriente que prefiere hablar de procesos de modernización en la segunda mitad del siglo XX. En la versión más común de la sociología norteamericana la modernización se ha entendido como “el proceso de cambio social por el cual las sociedades menos desarrolladas adquieren las características comunes a las más desarrolladas”. En ella, además, ha sido común considerar que “durante la época del imperialismo eran principalmente las potencias coloniales las que transmitían a las colonizadas la ‘imagen’ el rostro del futuro”⁶. Tras la Segunda Guerra Mundial el tema de la modernización se vinculó al debate sobre las vías para salir del

subdesarrollo, al considerarse como un proceso de cambio social vinculado al logro de metas de desarrollo económico, que normalmente iban unidas a la industrialización y a la adopción del modelo político y social occidental. Sin duda fue una teoría que tuvo una función en el contexto de la Guerra Fría, al señalar las trayectorias adecuadas de la modernización, las vías para adoptar instituciones que condujeran a ella⁷. El papel de la burguesía en las sociedades en proceso de modernización se consideró esencial, y se impulsaron estudios sociales sobre la existencia de sectores que pudieran considerarse burgueses (profesionales y hombres de negocios) en los distintos ámbitos culturales y económicos de los llamados “países subdesarrollados”; ello se hizo, a veces, con curiosas clasificaciones geográficas que mostraban un profundo desconocimiento de la evolución histórica⁸, pero que no por ello dejaron de tener influencia entre los científicos sociales que aceptaron estos marcos teóricos y consideraron que sus países se encontraban en esta fase atrasada de desarrollo. Sin duda las teorías del subdesarrollo fueron en los años 1960 profundamente renovadoras, pero es posible que tuvieran a la larga consecuencias intelectuales y políticas negativas: unificaron y simplificaron situaciones que eran muy diversas y llevaron a proponer también medios de actuación política similares en países con estructuras sociales muy diferentes (como podría ser, digamos, la creación de focos guerrilleros en países americanos y africanos).

Una interpretación de esa teoría en autores de filiación marxista produjo una versión específica, que se interesaba por los vínculos entre la modernización y la estructuración o reestructuración del capitalismo; con varias modalidades de interpretación, que dependieron de la concepción marxista adoptada y de la lectura o relectura de *El Capital*, en particular de las ideas sobre la cronología y las modalidades de la transición del feudalismo al capitalismo, sobre la evolución del sistema capitalista y sobre la caracterización de los Modos de Producción. Es posible que sea esa la forma como se interpreta el proceso de modernización por parte de algunos historiadores y científicos sociales de diferentes países iberoamericanos, como resultado de la aceptación de los conceptos de subdesarrollo, centro-periferia y otros. Y por el hecho de que, como otros investigadores, consideran la industrialización como esencial en el camino a la modernidad, descalificando el papel modernizador de la agricultura y de los servicios, y las especificidades y el dinamismo de los entornos locales.

Se olvida también la importancia de los procesos de organización administrativa que existieron en la América española y portuguesa durante

el periodo virreinal; no se valora suficientemente que en este continente se fueran creando unas Nuevas Europas desde el siglo XVI; y que Brasil y los países iberoamericanos sean países independientes desde comienzos del siglo XIX (es decir, antes de la unificación de los modernos estados de Alemania o Italia).

Modernización en las nuevas Europas americanas

En ese contexto, resulta esencial caracterizar y definir bien los procesos de modernización y secularización, que tanta importancia tienen en este libro, desde su mismo título general hasta en la mayor parte de los capítulos. En él se perciben claramente dos visiones: la de quienes parecen pensar que la modernización se realizó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y la de quienes estiman que se inició ya a mediados del siglo XIX y avanzó durante la segunda mitad de ese siglo. También podría defenderse que fue la instauración de la República en 1889 lo que activó el proceso; aunque simultáneamente es posible sostener que ésta llegó a Brasil precisamente por los cambios que ya se habían ido produciendo bajo el imperio. Seguramente todas las interpretaciones tienen una parte de razón, y depende de los aspectos que se destacan. Pero precisamente por eso es preciso definir bien los conceptos.

En el libro parecen utilizarse explícita o implícitamente varios criterios para caracterizar la modernización y secularización. En algún momento se tiene la impresión que las diversas concepciones se ven afectadas por la especialización de los autores. Si en el segundo capítulo R. B. Teixeira, con una perspectiva más de historiador, defiende con argumentos muy convincentes que la modernización se inició ya a mediados del siglo XIX, en algún otro capítulo parece adoptarse la perspectiva que considera la modernización algo más tardía.

Sin duda, los cambios que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX prepararon el ambiente que hizo posible que las élites de las ciudades brasileñas aceptaran que el progreso de la civilización era inevitable, y que la ciudad debía remodelarse según los avances científicos y técnicos. Y ello incluso en pequeñas ciudades como Natal, que tenía unos 16.000 habitantes a comienzos del siglo XX.

Los estudios ya existentes sobre diversas ciudades americanas muestran la similitud de muchos procesos, al mismo tiempo que, como es lógico, también las especificidades. Recientemente el historiador y antropólogo

Eduardo Kingman ha estudiado los discursos y las relaciones de poder en la ciudad de Quito a fines del siglo XIX y comienzos del XX⁹. En su investigación ha examinado las relaciones de poder en el tránsito de la ciudad señorial a lo que él llama la 'primera modernidad' e incluso 'modernidad periférica'. Se trataría "de 'un momento inaugural' en el que se intentó asumir una 'modernidad' y una 'cultura nacional' sin renunciar, por eso, a los 'privilegios coloniales'" por parte de la oligarquía que controló el proceso. Comentando esa excelente obra señalé que algunas de las caracterizaciones que se realizan de la ciudad de Quito en el periodo estudiado podrían hacerse igualmente de bastantes ciudades europeas¹⁰; también me atreví a cuestionar el concepto de 'modernidad periférica' y a formular la hipótesis de que los cambios fueron, en lo esencial, similares a un lado y otro del Océano, es decir en la vieja Europa y en la Europa trasatlántica, que incluye a toda la América hispana y portuguesa, inglesa y francesa; lo que no significa, desde luego, desconocer que existen también aspectos específicos en estas áreas americanas. Creo que lo mismo se podría decir respecto a las ciudades brasileñas, y concretamente respecto a Natal. Lo cual conduce necesariamente a formular preguntas sobre lo específicamente brasileño, herencia de una situación 'colonial' peculiar, y sobre los cambios generales que se encuentran asimismo en los procesos de modernización de las ciudades europeas.

Los procesos de cambio se iniciaron primero en las grandes ciudades, y luego se han difundido, muchas veces jerárquicamente, a las restantes de la red urbana. El modelo de las capitales Rio y São Paulo, y más allá los de París, Londres, Viena o Lisboa, actuó en las ciudades brasileñas. De la misma manera que en Argentina el modelo de Buenos Aires y a través suyo el de París o el de Madrid¹¹. Desde luego esa difusión se ve afectada por otros factores: el dinamismo económico y social, la vinculación con las redes comerciales internacionales, la mentalidad más o menos abierta de la burguesía local, la llegada de inmigrantes. Estudiando la difusión del fútbol en Brasil, Gilmar Mascarenhas ha mostrado de qué forma esa innovación deportiva se difundió a través de las redes del imperialismo británico y las relaciones sociales. Ciudades vinculadas al comercio con Gran Bretaña, o que tenían élites que viajaron a Europa, conocieron antes este nuevo deporte y lo adoptaron más tempranamente, al igual que aquéllas que recibieron inmigrantes en cuyos países de origen el deporte estaba ya normalmente incluido en la educación de la juventud; lo que ocurrió principalmente en

las de Rio Grande do Sul con la presencia de fuertes cifras de inmigrantes alemanes¹².

Las "ansias de modernidad" de la élite local natalense (o de una parte de ella) se perciben ya de forma clara en la segunda mitad del XIX y luego en las primeras del XX. Es importante señalar que ese sentimiento no siempre se produce, y que cuando existe se debe resaltar. Hay grupos sociales que defienden la inmovilidad, que las cosas sigan como están. La aceptación del progreso es, como dijimos, típica del pensamiento europeo. Y más aún la aceptación de la idea de progreso técnico como elemento de civilización.

Interesa mucho conocer el proceso por el que las aristocracias agrarias fueron "asumiendo formas burguesas de pensar y actuar". Sin duda eso está en relación con una reinserción de Brasil durante la segunda mitad del siglo XIX en el nuevo orden económico mundial, en el que se le atribuyó el papel de productor de materias primas para el mercado de los países que habían realizado primeramente la Revolución Industrial. Pero probablemente también se relaciona con la propia historia de Brasil desde su creación como provincia del imperio portugués.

Debemos hacernos preguntas sobre quiénes eran dentro de la oligarquía, o de la población en general, los que se mostraron partidarios de los cambios y del progreso, y quiénes los que tuvieron recelos ante las novedades. Debemos saber qué intereses tenían, qué edades, qué formación. Investigar la aparente contradicción entre "una estructura oligárquica de poder y de relaciones sociales y la busca de nuevos caminos que reflejasen una modernidad coherente a la condición brasileña". Leyendo el libro encontramos algunas paradojas, como la de quienes en los años 1910 se ponían en favor de las clases populares y se enfrentaban a las reformas del gobierno, acusándolos de que actuaban en beneficio propio, eran al mismo tiempo nostálgicos de la monarquía.

Sorprende también ver a miembros de la oligarquía tradicional de Natal, como la familia Albuquerque Maranhão, representativa de la economía agro-comercial-exportadora, conociendo y valorando los avances técnicos e intelectuales que se realizaban en Europa, y esforzándose – desde una posición política sobresaliente como, por ejemplo, el puesto de gobernador del estado de Rio Grande do Norte – por convertir a Natal en una ciudad moderna, introduciendo mejoras urbanas e innovaciones técnicas, e invirtiendo en educación popular.

Es cierto que "la modernidad era adecuada a los intereses de las élites" y que las reformas se realizaron primeramente en relación con las necesidades de esa clase social. Pero también que a partir del momento en que se incorporaron tuvieron efectos imprevistos. Fueron, se quisiera o no, factores de transformación y, a la larga, de mejora social.

Esas oligarquías se afirmaban y legitimaban ellos mismos modernizando las ciudades y rompiendo así con un pasado colonial. Es lo mismo que se hacía contemporáneamente en otros países iberoamericanos; pero también en Portugal, en España y en diferentes países europeos, donde algunas fracciones de las oligarquías podían afirmarse proponiendo la modernización y el cambio frente a lo tradicional.

Es seguro que las percepciones que elaboraron eran interesadas. En el caso de las ciudades brasileñas, exageraban los defectos de la llamada ciudad colonial (que había sido, en muchos aspectos, una ciudad europea de su época) para valorar la ciudad moderna que ellos estaban construyendo. Sin negar que podían tener razón desde la perspectiva del momento en que vivían, es también probable que su visión estuviera sesgada por los mismos objetivos que perseguían.

Seguramente si se estudiaran con atención los cambios del siglo XVIII, con la llegada de las ideas de la "ilustración" incluso a rincones apartados del imperio portugués como podría ser Natal, y las transformaciones estimuladas por la independencia de Brasil, encontraríamos datos que nos permitirían comprobar la llegada de las luces a aquellos apartados rincones. Encontraríamos que los cambios, o el ambiente que los preparaba, ya se habían iniciado con anterioridad. Sin duda lentamente, primero para las élites ilustradas, pero luego con efectos educativos sobre toda la población.

Aunque películas norteamericanas como *La misión*, dirigida por Roland Joffé, se dediquen a exaltar el proyecto del orden eclesiástico y paternalista de las misiones jesuíticas y a descalificar los esfuerzos que hicieron en el siglo XVIII los gobernantes portugueses y españoles para la instauración de un orden civil, la realidad es que durante el Setecientos las transformaciones se intensificaron y las luces se difundieron también en esos rincones de las Nuevas Europas.

Siempre podemos retroceder para entender la génesis de los cambios que se producen. Como sucede cuando se debate la cronología de la Revolución Científica, que algunos consideran típica del XVII, otros como un

proceso que se desarrolla entre mediados del XV y mediados del Seiscientos, y finalmente ciertos autores hacen retroceder en su origen hasta el siglo XIII, cuando se perciben ya los primeros cambios que llevarían hasta las transformaciones posteriores.

Es indudable que algunos de los cambios que se magnificaron en el siglo XIX y comienzos del XX habían empezado a experimentarse en el Renacimiento. No hay más que recordar el impacto que tuvo en la literatura del Siglo de Oro español (de los siglos XVI y XVII), y de los otros países europeos, la figura del “moderno ingeniero”, que se encuentra incluso en la novela picaresca, y la admiración por los avances de la ciencia y la técnica en general. Bastará con citar que la admiración por la capacidad inventiva del hombre y las novedades constantes que se observaban durante el siglo XVI había llevado a exclamar a Gaspar Gil Polo en su novela *La Diana enamorada* (1564): “Cosas son maravillosas las que la industria de los hombres en las pobladas ciudades ha inventado”¹³.

La difusión de innovaciones técnicas tuvo un papel importante en el proceso de modernización. La de las ideas higienistas se fue haciendo ya en el siglo XIX en las ciudades más grandes y avanzadas, aunque también en otras más pequeñas, como muestra el caso de Natal. El higienismo beneficiaba a la élite, porque disminuía el peligro de unas epidemias que, finalmente, les afectaban también a ellos; pero, al mismo tiempo, benefició igualmente a las clases populares.

La modernización avanzó con la introducción de la electricidad a fines del siglo XIX, y se intensificó en las dos primeras décadas del siglo XX. Como se dice en este mismo libro, “la electricidad forma parte del espectáculo de la modernidad en las ciudades”. Vale la pena señalar que eso se produjo muy poco después de la invención de la lámpara eléctrica, ya que se observa una disminución del tiempo necesario para la difusión de innovaciones, lo que ha sido puesto de manifiesto en diversos estudios. En lo que se refiere a la extensión de las redes técnicas y el acceso a las mismas, si el acceso generalizado a las redes de agua y saneamiento tardó tiempo en conseguirse, la electricidad, el teléfono y la televisión se han difundido de forma mucho más rápida¹⁴. Los “modernos ingenieros”, que ya habíamos visto citados en el siglo XVI, adquieren ahora un papel fundamental en la aplicación de la ciencia y la técnica, al igual que otros profesionales como médicos y arquitectos.

La cronología de la aplicación de innovaciones en las ciudades brasileñas es muchas veces casi coetánea a la de las ciudades de países europeos. Un estudio sistemático en ese sentido sería de desear. Algunas de las innovaciones que se fueron adoptando en Natal no tienen que ver directamente con el crecimiento o las necesidades de la población en general, sino que son resultado de un deseo de modernización, de ponerse al nivel de otras poblaciones, de mostrarse civilizados. Tal vez convenga añadir que muchas o la mayor parte de las pretensiones que se explicitaron por la élite natalense a fines del siglo XIX y comienzos del XX parecen razonables: carreteras hacia el interior, puerto para la exportación y para la llegada de productos que estimularían el comercio local y harían más fácil y barato el abastecimiento de la población, proyectos de desarrollo económico, impulso a las obras de regadío y colonización interior. Está por conocer la parte que corresponde en todo ello a las necesidades del capital y la búsqueda del beneficio propio por parte de las oligarquías y la que tiene que ver con sus ansias de modernidad y de mejora.

En el libro se muestra también que los esfuerzos técnicos en busca del equipamiento sanitario “estuvieron en la génesis de las primeras estructuras administrativas de actuación sobre el espacio urbano de muchas ciudades brasileñas” – como de otras europeas, convendría añadir. Es posible que el deseo de destacar ese hecho y la ruptura que significa pueda llevar a desvalorizar las estructuras administrativas también modernas que existían en las ciudades brasileñas en la época portuguesa. Se extendían a cuestiones de orden judicial y fiscal, pero también urbanísticas y arquitectónicas, como sucedía en Europa desde la baja edad media y el siglo XVI. Si es cierto que las cámaras municipales tuvieron dificultades para hacer valer sus prerrogativas frente al poder real en los siglos XVI al XVIII, también lo es que a veces lo consiguieron.

En todo caso, las tradiciones que entonces se generaron tal vez expliquen algunas líneas de actuación tras la independencia. Por ejemplo la preocupación de los municipios por el abastecimiento, por el servicio de agua, por la regulación de numerosos aspectos de la vida urbana, por el ornato, y las adaptaciones posteriores. Desde luego es cierto que algunos problemas fueron totalmente nuevos en el Ochocientos, y que con frecuencia los municipios no tuvieron ni recursos ni instrumentos de actuación. Pero también que en muchas ocasiones supieron adaptarse a las nuevas necesidades. Naturalmente, más en unas ciudades que en otras, según la composición social, la vitalidad económica y el dinamismo del patriciado urbano.

Que la historiografía liberal destaque la mejora y los cambios ocurridos tras la independencia es normal, como sucedió también en Europa respecto a las instituciones del Antiguo Régimen. También lo es que los intelectuales de la ciudad resalten las transformaciones más importantes que se produjeron tras la instauración de la República. Pero eso no debería llevar a desconocer tradiciones que habían tenido fuerza e influencia. El poder de la administración estatal (del gobierno central y de los gobiernos provinciales) sobre los municipios se afianzó durante el siglo XIX, ya que muchos Estados liberales acostumbraban a considerar a los municipios como el último escalón de la administración del Estado. La autonomía efectiva de la administración pública municipal en Brasil solo se obtuvo en las primeras décadas del siglo XX, lo que puede ser similar a lo que ocurrió en otras ciudades europeas. Al igual que en éstas, también en las brasileñas la cuestión de la higiene urbana y de las epidemias fue decisiva "para la organización de las estructuras administrativas y de los instrumentos de intervención, fiscalización y represión sobre el espacio urbano público o privado". Y al igual que en otros países europeos, ello llevó a afirmar la necesidad de la acción pública frente a la privada, a la organización y sistematización de procedimientos técnicos y racionales, y a la creación de órganos técnico-administrativos. La subordinación de la administración municipal a los representantes del poder central durante el siglo XIX y el progresivo aumento de la autonomía municipal a partir de las leyes municipales de fines del XIX y primer tercio del XX, tiene igualmente paralelismos en otros países.

Parece indudable la trascendencia del papel de capital que tenía Natal. Ser capital suponía, sin duda, exigencias que podían no ser sentidas por otras poblaciones del mismo tamaño que no poseían dicha función. El hecho de ser capital explica la acción del gobierno del estado y la concentración de inversiones en ella, en detrimento, tal vez, de otras ciudades y áreas interiores. Un estudio diacrónico de los presupuestos estatales y de la asignación del gasto sería de interés para detectar las relaciones entre los centros de cada estado y sus territorios dependientes, en una especie de relación centro-periferia que tal vez sea oportuno analizar.

Los cambios en el urbanismo

Uno de las mayores sorpresas que el lector encuentra en este libro es conocer las aspiraciones de algunos miembros de la élite natalense para que

Natal fuera una ciudad mundial. En el discurso de Manoel Dantas en 1909 aparece explicitada esa pretensión de que Natal, que entonces tenía unos 20.000 habitantes, llegara a ser "una de las mayores ciudades de Brasil, una de las ciudades más importantes del mundo", y sus fabulaciones sobre la conversión de la misma en etapa esencial de una línea ferroviaria intercontinental. Las ideas de Dantas no eran solo las de un visionario aislado, sino que correspondían probablemente con las de una parte de la elite natalense, en su pasión por la modernidad y en el proyecto de construir una ciudad moderna, lo que resulta todavía más sorprendente.

Que una ciudad como Natal inaugurara en 1911 un tranvía eléctrico resulta asombroso. No estoy seguro de que existan en el mundo muchas ciudades de ese tamaño con tranvía. Que se pueda afirmar en ella que "una ciudad sin tranvía es una ciudad sin vida", como se dijo en 1923, resulta sorprendente. Hubo también una reacción inmediata a la aparición y difusión del automóvil, y un reflejo de ello en la preocupación por adaptar la trama urbana a su circulación. En los años 1930 impresionan las declaraciones grandilocuentes sobre la aviación, sobre el papel de Natal en las relaciones aéreas con Europa, la importancia de la aviación y la necesidad de preparar la ciudad para los viajeros modernos que usarían el nuevo sistema de transporte. Se trata de aspiraciones propias de una época optimista que había realizado la Segunda Revolución Industrial y había llegado a un grado de mundialización y de creatividad desconocidas hasta entonces en el campo de las ciencias y las técnicas, del pensamiento y de las artes. Es un momento de gran creatividad en todo el mundo, que quedaría truncado por la Primera Guerra Mundial. Pero esa desmesura visionaria presente también en Natal muestra una gran energía, y sin duda tiene mucho que ver con el crecimiento posterior de la ciudad.

Todo ello ayudó también a construir la ciudad moderna en Brasil. Llegaron en esas décadas nuevos trazados, nuevos tipos de edificios y nuevas ideas urbanísticas, como en Europa. Entre éstas bien tempranamente las ideas sobre la necesidad de impulsar la reforma urbana de la vieja ciudad y las de construir una nueva ciudad, con diseños que son asimismo muy típicos del urbanismo de la época, desde los trazados ortogonales a los de ciudad-jardín.

La destrucción de la ciudad antigua, es decir en Brasil la ciudad de la época virreinal portuguesa, se sentía como necesaria por considerarla inadecuada a las necesidades nuevas de circulación y por problemas de

higiene, lo mismo que pasaba en los cascos antiguos de la vieja Europa. La construcción de la Ciudad Nueva, higiénica y bella, se concebía en gran medida como la preparación de un área para la oligarquía, al igual que pudo suceder en España con la construcción de los Ensanches durante el siglo XIX. Si el plano de Natal elaborado por Palumbo contribuyó a consolidar la imagen de ciudad segregada, eso mismo no es diferente de lo que ocurría en otros países. El saneamiento exigía redes y éstas se convirtieron en determinantes para la expansión y la configuración de la ciudad, dando paso a la aparición de un urbanismo de las redes, que conduciría a la renovación de la acción urbanística¹⁵.

La modernización a la que se aspiraba en las ciudades brasileñas, como en otras iberoamericanas, estaba en relación con la llegada de ideas del exterior. Pero también se producían cambios en los significados de los conceptos o las ideas que se adoptaban. No era lo mismo el debate sobre el saneamiento en Londres que en Natal; ni la población ni los problemas eran de la misma magnitud. Tampoco la aplicación de la idea de ciudad-jardín en Gran Bretaña que en Brasil.

Es muy interesante el estudio que se hace en este libro sobre los deslizamientos semánticos y el cambio en el concepto de ciudad-jardín. Conviene añadir que esos deslizamientos pueden ser típicos también de otros países europeos y americanos. Y, además, que muchas veces las adaptaciones al contexto local son creativas y enriquecedoras. Lo que hay que hacer es entender porqué se producen, e interpretarlas.

El concepto de ciudad-jardín se había ido elaborando lentamente durante todo el siglo XIX con las urbanizaciones de Estados Unidos, con los debates sobre los huertos familiares en las áreas periurbanas, con las ideas de Ildefonso Cerdá – que en 1860 había ya defendido “urbanizar el campo y ruralizar la ciudad” –, de Arturo Soria y Mata y de tantos otros urbanistas. Finalmente, después de muchos años de recorrido, cristalizaron en la obra de Ebenezer Howard.

A partir de esa cristalización, el concepto se iría reelaborando con las intervenciones urbanísticas, con los proyectos que se desarrollaron en la vieja Europa y en América. Tal vez resulte oportuno notar que la reducción del concepto de ciudad-jardín a barrio-jardín no solo se hizo por razones especulativas, que, sin duda, no dejaron de actuar en muchos casos. En cierta manera resulta también lógica, ya que arquitectos e ingenieros generalmente no tuvieron que diseñar ciudades nuevas completas, sino

precisamente expansiones urbanas, es decir, barrios nuevos, convertidos en barrios-jardín.

El libro muestra la diversidad de caminos que conducen al urbanismo moderno, el que finalmente sería codificado por los arquitectos del Movimiento Moderno durante los años 1920-30 y la por Carta de Atenas en 1933. Por ejemplo, la zonificación se había ido adoptando lentamente, y estaba siendo ya difundida en los años 1930.

La especulación sobre si en la arquitectura brasileña de un momento dado hay copia servil de los estilos europeos debería probablemente replantearse. Las ciudades brasileñas son desde el siglo XVI, y sin duda desde el XVIII, ciudades de la Europa trasatlántica. Los movimientos intelectuales no siempre fueron de Este a Oeste, de la vieja a la nueva Europa, sino también en sentido contrario. También los europeos aprendieron mucho de la Europa ultramarina. No hace falta remontarnos al Renacimiento y a la Revolución científica, cuando el conocimiento de América afectó profundamente a todo el pensamiento europeo. Por limitarnos a la época contemporánea los europeos pudieron elaborar el concepto de ciudad-jardín a partir de experiencias norteamericanas, incorporaron a sus jardines los árboles de la América, aprendieron de los rascacielos y de los silos norteamericanos, de las adaptaciones de las viviendas al ambiente realizadas en América del norte y del sur.

En lo que se refiere a Natal, podríamos decir que si el plan de Saturnino de Brito Filho era en muchos aspectos heredero de la tradición del higienismo y de la ciudad-jardín, también había en él muchos elementos nuevos, como la zonificación y la preocupación por las unidades vecinales. De manera similar, la aspiración a que el plano estuviera por encima de los intereses particulares, y los ideales de mejora social, si todavía no eran el Movimiento Moderno estaba sin duda en la misma línea que en Europa conducía a él.

Los caminos hacia la modernidad eran muchos. La arquitectura ecléctica podía ir unida al uso de procedimientos constructivos nuevos (cemento, hormigón, hierro), a preocupaciones nuevas por el coste y la economía, a la búsqueda de la racionalidad técnica y económica de los proyectos de saneamiento. El proceso de simplificación constructiva y de desornamentación de los estilos históricos y eclécticos, que se percibe en la arquitectura de Brasil de los años 1920 y 30, es un síntoma de que se iba en la misma dirección a un lado y otro del Atlántico.

Es importante considerar todo el espacio europeo y americano como el mismo ámbito cultural. Las ideas circulaban con una gran rapidez por el movimiento de libros y revistas y el movimiento de personas: eran transportadas por los intelectuales, los técnicos y los hijos de la oligarquía (una parte de la cual puede ser calificada ya de burguesía) brasileña que se desplazaban a Europa, y por los técnicos del viejo continente que llegaban a América, y también a Brasil.

Las innovaciones técnicas no solo eran conocidas servilmente en América, sino que se desarrollaron todavía más en este continente. Por ejemplo, por técnicos mexicanos y colombianos que fueron capaces de desarrollar el uso del cemento de forma que impresionaría incluso al mismo Le Corbusier y a José Luis Sert en la década de 1940¹⁶, como a otros grandes arquitectos europeos del Movimiento Moderno. Es importante percibir estos movimientos de ida y vuelta. También las especificidades locales, que tienen que ver, sin duda, con condiciones y tradiciones específicas. Lo que se puede encontrar tanto en Gran Bretaña o España como en Brasil, en Estados Unidos o en Colombia. Seguramente lo mejor sería pensar que dentro de ese espacio transatlántico van evolucionando todos a la vez, con velocidades diferentes, que hay que establecer y estudiar. Arquitectos americanos, por ejemplo brasileños, participaron en los congresos de CIAM, es decir en el mismo nacimiento del Movimiento Moderno. Y otros que viajaron a la vieja Europa conocieron antes lo que se hacía en este continente y lo adaptaron y aplicaron tempranamente en América, como es el caso del mejicano Luis Barragán.

Todo ello hace necesario salir del debate específicamente nacional y pasar a una visión más amplia. La hipótesis debería ser que la evolución arquitectónica y urbanística, en el plano de las ideas y de las realizaciones, es similar en América (del norte y del sur) a la del viejo continente. Durante las primeras décadas del siglo XX tanto en uno como en otro lado del Atlántico la arquitectura conoció la llegada del eclecticismo, el historicismo, el *Art Nouveau*, el regionalismo, el monumentalismo, el *Art Déco*; y finalmente el impacto de una corriente arquitectónica y urbanística que quería superar todo eso, y hacer una arquitectura y un urbanismo adaptados a los nuevos tiempos, y a las nuevas exigencias. Las construcciones y las justificaciones intelectuales de todo ello son contemporáneas en Europa y en Brasil, al igual que en otros países americanos. Tal vez una decidida visión iberoamericana y mundial permitiría una interpretación más clara, que permitiera observar las similitudes entre la evolución brasileña, por un lado, y la de países como

Argentina, México, Colombia y otros americanos, y entre todos ellos y los países europeos.

De manera similar, en lo que se refiere a la cronología de los procesos de modernización y secularización. Estudios como los que se realizan en este libro constituyen una buena base para ello. Al mismo tiempo, la incorporación explícita de una perspectiva general brasileña, iberoamericana y mundial, así como de nuevos marcos teóricos, permitirá introducir nuevas perspectivas en estas valiosas investigaciones locales.

Notas

¹Véase, por ejemplo, S. Boccola (1999), y numerosas historias de arte, como la que dirigió René Huyghe. Para Una interpretación sobre los 'impulsos modernistas' en ciencias sociales, que relaciona los cambios en éstas con una crisis más general en la cultura y la sociedad occidentales, véase Ross (1994).

²Son todos ellos temas abordados en una obra como la editada por J. L. García Delgado sobre *Las ciudades en la modernización de España, 1895 - 1930*.

³Dixon, 1999.

⁴Algunos ejemplos, referentes a España, pueden ser, además de la obra ya citada de García Delgado (1992), las de Sánchez Albornoz (1975 y 1985), Barrio Alonso (2004), y la que se cita en la nota siguiente. Sobre el Egipto colonial británico: Tignor (1966). Sobre modernización y autoritarismo burocrático, es decir en regímenes dictatoriales, con el ejemplo de la Argentina, véase O'Donnell 1979.

⁵Pérez Picazo y Lemeunier 1984, "Introducción"; estos autores estiman que el final del proceso se dio en las décadas de 1950 y 60.

⁶Las citas proceden de David Lerner, en Lerner, Coleman y Dore (1975, p. 169 y siguientes).

⁷Pueden ser interesante en ese sentido la consulta de la obra de G. Nils (2003).

⁸Es interesante, por ejemplo, consultar el artículo de R. P. Dore sobre "La burguesía en las sociedades en proceso de modernización", en Lerner, Coleman y Dore (1975), en el que se alude a los casos de Japón, África subsahariana, India y un curioso grupo formado por "Oriente Medio e Iberoamérica".

⁹Kingman, 2003.

¹⁰Capel, 2003.

¹¹Gaggiotti, 1997 y 2000.

¹²Mascarenhas, 1998, 1999, 2001.

¹³ Citado por Maravall (1966, p. 575); una obra fundamental, en la que pueden encontrarse gran número de testimonios del mismo tipo.

¹⁴ Dupuy, 1998, p. 52-53.

¹⁵ Dupuy, 1998.

¹⁶ Schnitter Castellanos, 2002 (comentario de esta obra en Capel 2002).

Referências

BARRIO ALONSO, Angeles. *La modernización de España, 1917-1930: política y sociedad*. Madrid: Síntesis, 2004. 319 p.

BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Traducción de A. Morales Vidal. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1988. 386 p.

BLACK, Cyril E. *The dynamics of modernization. A study in comparative history*. New York: Harper and Row, 1967. VIII + 206 p.

BOCOLA, Sandro. *El arte de la modernidad. Estructura y dinámica de su evolución de Goya a Beuys*. Barcelona: Ediciones del Serbal (Colección La Estrella Polar), 1999. 629 p.

CAPEL, Horacio. Patricia Schnitter Castellano: José Luis Sert y Colombia. De la Carta de Atenas a la Carta del Hábitat. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, v. VII, n. 415, 10 de diciembre de 2002 <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-415.htm>>

CAPEL, Horacio. Kingman Garcés, Eduardo: Discurso y relaciones de poder en el Quito de la primera mitad del siglo XX. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, 2003, v. VIII, n. 478, 10 de diciembre de 2003 <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-478.htm>>

DIXON, Simon. *The modernization of Russia 1676-1825*. New York: Cambridge University Press, 1999. XVII + 267 p.

DUPUY, Gabriel. *El urbanismo de las redes. Teorías y métodos*. Trad. al español de Rafael Giménez Capdevila. Barcelona: Oikos Tau/Colegio Oficial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1998. 214 p.

GAGGIOTTI, Hugo. *La pampa desde Santa Rosa. Construcción y representación de un espacio marginal de Buenos Aires*. Tesis Doctoral, dirigida por el Dr. Horacio Capel, Universidad de Barcelona, Departamento de Antropología, noviembre 1997.

GAGGIOTTI, Hugo. Globalización, identidad y discurso sobre la innovación urbana en las ciudades intermedias argentinas. *Scripta Nova. Revista Electrónica de*

Geografía y Ciencias Sociales, Univesidad de Barcelona, 1 de agosto de 2000, v. IV, n. 69 <<http://www.ub.es/geocrit/sn-69-72.htm>>

GARCÍA DELGADO, J. L. (Edición al cuidado de). *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España dirigido por M. Tuñón de Lara*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1992. 474 p.

KINGMAN GARCÉS, Eduardo. *Discurso y relaciones de poder en el Quito de la primera mitad del siglo XX*. Tesis para optar al título de Doctor en Antropología Social y Cultural, dirigida por el Dr. Joan Josep Pujadas. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, 2003. 494 p.

LERNER, Daniel, James S. COLEMAN y Ronald P. DORE. Modernización. In David L. SILLS (Dir). *Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar, 1975, v. 7, p. 169-187.

MASCARENHAS, Gilmar. *A bola nas redes e o enredo do lugar. Uma geografia do futebol e de seu advento no Rio Grande do Sul*. Tese de Doutorado (Directora: Profa. Odette Seabra). Universidade de São Paulo, 2001. 276 p. (Comentario de Horacio Capel en *Biblio 3W*, 19 de julio de 2001, v. VI, n. 301 <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-301.htm>>

MASCARENHAS, Gilmar. Considerações teórico metodológicas sobre a difusão do futebol. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, 1 de agosto 1999, v. IV, n. 69 (23), <<http://www.ub.es/geocrit/sn-69-23.htm>>

MASCARENHAS, Gilmar. Do espaço colonial ao espaço da modernidades. Os esportes na vida urbana do Rio de Janeiro. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, 1 de agosto 1998, v. III, n. 45(7) <<http://www.ub.es/geocrit/sn-45-7.htm>>

MARAVALL, José María. Antiguos y modernos. *La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966. 628 p.

NILS, Gilman. *Mandarin of the Future. The modernization theory in Cold War America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2003. 344 p.

O'DONNELL, Guillermo A. *Modernization and burocratic authoritarianism: studies in South American politics*. Berkeley: University of California Press, Institute of International Studies, 1979. 226 p.

PÉREZ PICAZO, María Teresa, y Guy LEMEUNIER. *El proceso de modernización de la región murciana, siglos XVI-XIX*. Murcia: Editora Regional, 1984. 422 p.

ROSS, Dorothy. *Modernist impulses in the Human Sciences, 1870-1930*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1994.

SANCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás. *Jalones en la modernización de España*. Barcelona: Ariel, 1975. 180 p.

SANCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás. *La modernización económica de España*. Madrid: Alianza Editorial, 1985. 343 p.

SCHNITZER CASTELLANOS, Patricia. *José Luis Sert y Colombia. De la Carta de Atenas a una Carta del Hábitat*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. Fernando V. Álvarez Prozorovich, Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, noviembre 2002. Edición parcial, Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2004.

TIGNOR, Robert L. *Modernization and British colonial rule in Egypt, 1882-1914*. Princeton: Princeton University Press, 1966. XI + 417 p.